



TERCE
RACLES
TANCA

CAP. I. FLOR DE SANTIDAD ❁❁



NA TARDE sentada en el atrio de San Clodio á la sombra de los viejos cipreses, Adega hilaba en su rueca, copo tras copo, el lino del último espadar. En torno suyo pacían y escarbaban las ovejas, y el mastín echado á sus pies, se adormecía bajo el tibio halago del sol poniente que empezaba á dorar las cumbres de los montes. Avizorado de pronto espeluznó las mutiladas orejas, incorporóse y ladró. Adega, sujetándole del cuello, miró hacia el ca-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

mino en confusa espera de una ideal ventura: Miró, y las violetas de sus ojos sonrieron, y aquella sonrisa de inocente arrobó tembló en sus labios y como óleo santo derramóse por su faz. El peregrino subía hacia el atrio: La morena calabaza oscilaba al extremo de su bordón y las conchas de su esclavina tenían el resplandor piadoso de antiguas oraciones. Subía despacio y con fatiga: Al andar, la guedeja penitente oscurecíale el rostro, y las cruces y las medallas de los rosarios que llevaba al cuello, sonaban como un pregón misionero. La pastora llegó corriendo y se arrodilló para besarle las manos. Quedándose hinojada sobre la yerba, murmuró:

— ¡Alabado sea Dios!... ¡Cómo viene de los tojos y las zarzas!... ¡Alabado sea Dios!... ¡Cuántos trabajos pasa por los caminos!...

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

El mendicante inclinó la cabeza asoleada y polvorienta:

— En esta tierra no hay caridad... Los canes y los rapaces me persiguen á lo largo de los senderos. Los hombres y las mujeres asoman tras de las cercas y de los valladares para decirme denuestos. ¿Podré tan siquiera descansar á la sombra de estos árboles? ¿Y tú, querrás concederme esta noche hospedaje en el establo?

— ¡Ay, señor, fuera el palacio de un rey!

El alma de la pastora sumergíase en la fuente de la gracia, tibia como la leche de las ovejas, dulce como la miel de las colmenas, fragante como el heno de los establos. Sobre su frente batía como una paloma de blancas alas, la oración ardiente de la vieja Cristianidad, cuando los peregrinos iban en los ama-

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

neceres cantando por los senderos florecidos de la montaña. El mendicante, con la diestra tendida hacia el caserío, ululó rencoroso y profético :

— ¡Ay de esta tierra!... ¡Ay de esta gente que no tiene caridad!

Cobró aliento en largo suspiro, y apoyada la frente en el bordón, otra vez clamó:

— ¡Ay de esta gente!... ¡Dios la castigará!

Adega juntó las manos candorosa y humilde:

— Ya los castiga, señor. Mire cómo secan los castañares... Mire cómo perecen las vides... ¡Esas plagas vienen de muy alto!

— Otras peores tienen de venir. Se morirán los rebaños sin quedar una triste oveja, y su carne se volverá ponzoña... ¡Tanta ponzoña, que habrá para envenenar siete reinos!...

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

— ¿Y no se arrepentirán?

— No se arrepentirán. Son muchos los hijos del pecado. La mujer yace con el rey de los infiernos, con el Gran Satanás, que toma la apariencia de un galán muy cumplido. ¡No se arrepentirán! ¡No se arrepentirán!

El peregrino descubrióse la cabeza, echó el sombrero encima de la yerba y se acercó á la fuente del atrio con ánimo de apagar la sed. Adega le detuvo tímidamente :

— Escuche, señor... ¿No quiere que le ordeñe una oveja? Repare aquella de los dos corderos qué ricas ubres tiene. ¡La leche que da es tal como manteca!

El peregrino se detuvo y miró con avaricia al rebaño que se apretaba sobre una mancha de césped, en medio del atrio :

— ¿Cuál dices, rapaza?

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— Aquella virriata de los dos corderos.

— ¿Y podrás ordeñarla?

— ¡Asús, señor!

Y la pastora, al mismo tiempo que se acercaba á la oveja, iba llamándola amorosamente:

— ¡Hurtadal... ¡Ven, Hurtadal...

La oveja acudió dando balidos, y Adegá, para sujetarla, enredóle una mano al vellón del cuello.



CAP. II. FLOR DE SANTIDAD ❧ ❧



OS OJOS del peregrino estaban atentos á la pastora y á la oveja. Hallábase detenido en medio del atrio, apoyado en el lustroso bordón, descubierta

la cabeza polvorienta y greñuda. Adegá seguía repitiendo por veces:

— ¡Quieta, Hurtadal!

El mendicante preguntó con algún recelo:

— Oye, rapaza, por ventura no era tuya la res?

— ¡Mía no es ningunal... Son todas del

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

amo, señor. ¿No sabe que yo soy la pastora?

Y bajó los ojos acariciando el hocico de la oveja que alargaba la lengua y le lamía las manos. Después, para ordeñarla, se arrodilló sobre la yerba. Los dos corderos retozaban unidos, junto al ijar de la madre. La pastora les requería :

— ¡Os estáis quedos!... ¡Ay, Hurtados!...

— ¿Por qué les dices tal nombre de Hurtados?

Adega levantó hasta el peregrino las tímidas violetas de sus ojos :

— No piense mal, señor...

— ¿Mas de quién era antaño la oveja?

— Antaño fué de un pastor... El pastor que la vendió al amo con aquellas otras cuatro... Llábase él Hurtado, y vive al otro lado del monte.

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¡Buenas reses!... Parecen todas ellas de tierra castellana.

— De tierra castellana son, mi señor. ¡San Clodio las guardel!

Piadosa y humilde se puso á ordeñar la leche en el cuenco de corcho labrado por un boyero muy viejo que era nombrado en todo el contorno. Mientras el corcho se iba llenando con la leche tibia y espumosa, decía la pastora :

— ¿Ve aquellas siete ovejas tan lanares?...

Á todas las llamamos Dormidas, porque siendo corderas vendióselas al amo un rabadán que cuando vuelve de la feria en su buena mula, siempre acontece que se queda traspuerto, y ya todos lo saben...

Se levantó, y con los ojos bajos y las mejillas vergonzosas, presentó al mendicante

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

aquel don de su oveja: Bebió el peregrino con solaz, y como hacía reposorios para alentarse, murmuraba :

— ¡Qué regalía, rapaza!... ¡Qué regalía!

Cuando terminó, la pastora apresuróse á tomarle el cuenco de las manos :

— ¿Quiere que le ordeñe otra oveja?

— No es menester. ¡El Apóstol Santiago te lo recompense!

Adega sonreía: Después llegóse á la fuente del atrio, cercada por viejos laureles, y llenando de agua el corcho que el peregrino santificara bebió feliz y humilde, oyendo al ruiñeñor que cantaba escondido. El peregrino siguió adelante por el camino que trajera, un camino llano y polvoriento entre maizales. Los ojos de la pastora fueron tras él, hasta que desapareció en la revuelta :

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

— ¡El Santo Apóstol le acompañe!

Suspirosa llamó al mastín, y acudió á reunir el hato esparcido por todo el campo de San Clodio. Un cordero balaba encaramado sobre el muro del atrio, sin atreverse á descender. Adega le tomó en brazos, y acariciándole fué á sentarse un momento bajo los cipreses. El cordero, con movimientos llenos de gracia, ofrecía á los dedos de la pastora el picaresco testuz marcado con una estrella blanca: Cuando perdió toda zozobra, huyó haciendo corcovos. Adega alzó la rueca del césped y continuó el hilado.

Allá en la lejanía, por la falda del monte, bajaban esparcidos algunos rebaños que tenían el aprisco distante y se recogían los primeros. Oíase en la quietud apacible de la tarde el tañido de las esquilas y las voces con

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

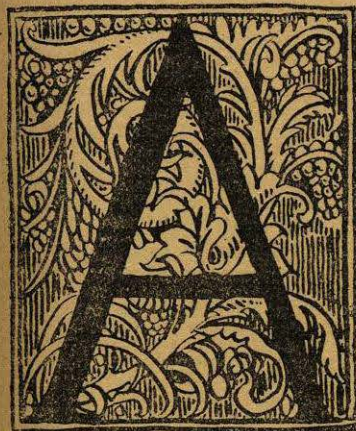
que los zagales guiaban. Adega arreó sus ovejas, y antes de salir al camino las llevó á que bebiesen en la fuente del atrio. Bajo los húmedos laureles, la tarde era azul y triste como el alma de una santa princesa. Las palomas familiares venían á posarse en los cipreses venerables, y el estremecimiento del negro follaje al recibirlas uníase al murmullo de la fuente milagrosa cercada de laureles, donde una mendiga sabia y curandera ponía á serenar el hinojo tierno con la malva de olor. Y el sonoro cántaro cantaba desbordando con alegría campestre bajo la verdeante teja de corcho que aprisionaba y conducía el agua. Las ovejas bebían con las cabezas juntas, apretándose en torno del brocal cubierto de musgo. Al terminar se alejaban hilando agua del bocico y haciendo sonar las esquilas. Sólo

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

un cordero no se acercó á la fuente: Arrodi-llado al pie de los laureles, quejábase con moribundo balido, y la pastora, con los ojos fijos en el sendero por donde se alejó el peregrino, lloraba. ¡Lloraba porque veía cómo las culpas de los amos eran castigadas en el rebaño por Dios Nuestro Señor!



CAP. III. FLOR DE SANTIDAD ❁ ❁



DEGA RECORRÍA el camino de la venta cargada con el cordero que lanzaba su doliente balido en la paz de la tarde. Temerosa de los lobos, daba

voces á unos zagales para que la esperasen.

Se reunió con ellos acezando:

— ¿Van para San Clodio?

Un pastor viejo repuso gravemente:

— Esa intención hacemos, agora lo que sea, solamente lo sabe Dios. ¿Y tú, subes para la venta?

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

— Subo, sí, señor...

— Pues cuida que no se envuelvan los rebaños.

— Por eso no tenga duda.

Adega respondía casi sin aliento, agobiada bajo el peso del cordero, que seguía balando tristemente. El viejo, después de caminar algún tiempo en silencio, interrogó :

— ¿Qué tiene esa res?

— No sabré decirle qué mal tiene...

— ¿Entróle de pronto?

— De pronto, sí, señor...

Los rebaños ondulaban por un sendero de verdes orillas, largo y desierto, que allá en la lontananza aparecía envuelto en el rosado vapor de la puesta solar. De tiempo en tiempo los zagales corrían dando voces y agitando los brazos para impedir que los rebaños

❁ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❁

se juntasen. Después volvía á reinar el silencio de la tarde en los montes que se teñían de amatista. Extendíase en el aire una palpación de sombra azul, religiosa y mística como las alas de esos pájaros celestiales que al morir el día vuelan sobre los montes llevando en el pico la comida de los santos ermitaños. Adega, al comienzo de una cuesta, tuvo que sentarse en la orilla del camino y posar el cordero sobre la yerba, suspirando con fatiga. El viejo le dijo :

— ¡Anda, rapaza, que poco falta!

Ella repuso llorosa:

— No puedo más, señor...

Y quedó sola, sentada al abrigo de un valladar. Sus ojos tristes miraban alejarse á los otros pastores. Empezaba á oscurecer, y muerta de miedo volvió á ponerse en camino

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

antes que desapareciesen en una revuelta, pero la noche se los alejaba cada vez más. Corrió para alcanzarlos:

— ¡No me dejar aquí sola! ¡Esperadme!
¡Esperadme!

Sus gritos hallaban un eco angustioso en la soledad del camino, y cuando callaba para cobrar aliento, resonaban los balidos del cordero más tristes y apagados por instantes. La voz del pastor alzóse en la oscuridad:

— Anda, rapaza, que ya te esperamos.

Adega corría arreando sus ovejas, y para sentir menos el miedo hablaba á desgarrados gritos con los zagales, que respondían cada vez de más lejos:

— ¡Corre, Adega!... ¡Corre!...

De esta suerte, sin conseguir alcanzarlos, arreando afanosa su rebaño, llegó al descam-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

pado donde estaba la venta. Hallábase abierto el portalón, y desde el camino distinguíase el resplandor del hogar. La ventera, advertida por el son de las esquilas, salió al umbral. Adega acudió á ella murmurando en voz baja y religiosa:

— ¡Vea este corderillo!... Dióle el mal que á los otros, mi ama.

La vieja tomóle en brazos con amoroso desconsuelo, y entró de nuevo en la cocina: Sentada al pie del fuego repetía una y otra vez, al mismo tiempo que trazaba en el testuz del cordero el círculo del Rey Salomón:

— ¡Brujas, fuera! ¡Brujas, fuera! ¡Brujas, fuera!

Un mozo montañés, de Lugar de Condes, que hacía huelgo en la venta, murmuró con apagada y mansa voz: